



LOS NIÑOS Y SUS RELACIONES EMOCIONALES CON LOS ANIMALES

EMELIA V. DE TERR

Por medio de los mitos, leyendas, literatura infantil, vida cotidiana y psicoanálisis se corrobora que el niño y el adulto que han vivido con animales han experimentado relaciones afectivas intensas.

Para nadie es desconocido que el juguete, el cuento y el animal desempeñan un papel importante en el desarrollo emocional del niño. Freud sostuvo que el niño juega no sólo para repetir situaciones placenteras, sino también para elaborar lo que le resulta doloroso y traumático.

El animal es para el niño, en muchas ocasiones, el objeto que le permite depositar afecto, fantasear, liberar tensiones a través de la expresión motora. En otras ocasiones surge como el fiel compañero de su soledad e invalidez; se torna en el personaje que le permite identificarse, o juega un papel importante en los vínculos familiares.



La literatura infantil, antropológica y psicoanalítica¹¹ ofrece datos sobre la simbología animal y su significado.

En la literatura tenemos a Esopo y a Shakespeare. Esopo, en sus fábulas, atribuye a los animales características del hombre. Shakespeare emplea la analogía animal como estrategia para su tratado caracterológico.

En su teoría psicoanalítica, Freud descubrió que en las fobias infantiles el animal representa el inconsciente del niño. Su miedo al animal está encubriendo su agresividad hacia el adulto que teme. Ferenczi¹² comprobó que los niños en sus sueños tienden a identificarse con animales grandes y salvajes. Bender,¹³ en sus investigaciones, concluye que éstos dibujan animales agresivos cuando tienen un severo *superyó* que los hace temer al adulto. Los símbolos rempazan las emociones reprimidas. A menudo se describe al *ello* como un animal que re-

¹¹ A. Aberastury. *Aportaciones al psicoanálisis de niños*. Buenos Aires, Paidós, 1984; *Revista de Psicoanálisis*, 1970, v. xvii; 1971, v. xviii; 1972, v. xix.

¹² S. Ferenczi. "Confusion of tongues between adult and child", (1933), en: *Final Contributions to the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Ed. M. Balint London, Karnac, 1980.

¹³ L. Bellak. *The T.A.T. and C.A.T. in clinical use*. New York, Grune and Statton, 1971.

E. F. Hammer. *Tests proyectivos gráficos*. Buenos Aires, Paidós, 1969.

M. L. V. Letson, 1963-1965: *Seminarios sobre interpretación del Rorschach y pruebas clínicas*. México.



presenta nuestra irracionalidad. Los animales domésticos o salvajes pueden ser símbolos de tendencias inconfesables que el niño no se atreve a asumir abiertamente.

Los animales pueden surgir como peligrosos y destructivos o inteligentes y bondadosos. Los peligrosos simbolizan al *ello* en estado salvaje con toda su peligrosidad y energía, en donde el control del *yo* y *superyó* se encuentran ausentes. Los animales bondadosos representan la energía natural del *yo* puesta al servicio de los intereses de la personalidad.

Doltó¹⁴ considera que lo simbólico de cada quien es diferente. Para cada uno existe un código inconsciente de su simbolismo que se refiere a su historia personal.

El niño vive con el principio del placer; aún es muy débil para oponerse activamente al mundo externo o modificarlo de acuerdo a su propia voluntad. En esta época de inmadurez y dependencia ensaya todo género de esfuerzos para protegerse de los objetos peligrosos que lo amenazan y negar esa parte desagradable de la realidad. El niño se aleja de ella, la rechaza, o sustituye aquel aspecto displacentero por la fantasía o proceso mágico que lo libera de tensiones.

En la primera infancia, el niño imagina que sus relaciones con el mundo inanimado son iguales a las

¹⁴ F. Doltó. *Psicoanálisis y pediatría*. México, Siglo XXI, 1986.



que tiene con el mundo animado de las personas, acaricia sus juguetes porque está convencido que a ese muñeco o animal le puede proveer de cuidados y mimos, para compensar lo que él no recibe. Cuando logra cazar un tigre o un león, en sus peligrosas hazañas, se enfrenta con seguridad y hasta agresión ante la autoridad, sin arriesgarse al peligro de la censura y castigo. Castiga a la pelota porque lo ha golpeado, al padre malo lo convierte, dentro de su fantasía, en un animal protector.

El niño está centrado en sí mismo y espera que le hablen de lo que a él le interesa como sucede con los cuentos de hadas¹⁵ y como él lo hace con los juguetes y animales de verdad.

En el pensamiento animista¹⁶ el propio niño proyecta sus emociones al mundo inanimado. Puede descargar fácilmente su agresividad y otros sentimientos negativos sin exponerse a la ira o reprimenda del adulto. En el animal puede encarnar diversos aspectos de su personalidad o en forma indirecta logra gratificar sus deseos.

Pichón-Riviére¹⁷ considera que lo más primitivo e imperioso del hombre es su necesidad de comu-

¹⁵ Puede verse: Bruno Bettelheim. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona, Crítica, Grijalbo, 1977.

¹⁶ Mismo que se refiere al hecho de dotar de alma a los animales y a los objetos inanimados.

¹⁷ E. Pichón-Riviére. *Teoría del vínculo*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1985.



nicación, ya sea a nivel verbal, pictórico, onírico o a través de sus problemas. El vínculo con el otro es su objetivo.

El animal juega, en muchas ocasiones, un rol importante en la dinámica familiar: El animal que el niño ama y con el cual se identifica es para los padres un representante de su hijo. Los padres suelen desplazar en el animal castigos y agresiones que originalmente van dirigidos al hijo. La sensibilidad del niño ante los hechos y circunstancias le hacen comprender el significado inconsciente de la conducta de los padres. El niño se atemoriza, se angustia intensamente y, en no pocas ocasiones, se traumatiza cuando su animal es regañado, castigado, maltratado y echado de la casa. Esos padres capaces de expresar su agresión en el animal, reactivan en el niño crisis de angustia, alteraciones en el dormir, reacciones psicósomáticas y ansiedades paranoicas que traducen ese temor a ser atacado.

Desde la infancia nos enfrentamos a la incógnita del origen de la vida y de la muerte. Cuando el niño convive con animales tiene la oportunidad de experimentar de cerca la alegría del nacimiento y el dolor de la separación definitiva. Presenta una aguda capacidad de observación no sólo para el mundo físico, sino también para el psicológico. Ante la separación de objetos o seres queridos sufre angustias muy intensas que a veces se esconden detrás de síntomas o dificultades en la conducta; dichas angustias



pueden ser expresadas con palabras sin que se comprendan, o bien ser calladas.

La muerte se encuentra entre las verdades difíciles de explicar y de aceptar. En el caso de la muerte o la separación definitiva de su animal, el niño alcanza a percibir circunstancias y hechos de una verdad que el adulto pretende generalmente ocultar. Se da cuenta que no contestan a sus preguntas o si lo hacen mienten; esto se complica cuando los adultos que le rodean le dicen diferentes versiones de lo sucedido. El adulto, al mentir o engañar, cree proteger al niño en su sufrimiento, como si negando el dolor mágicamente lo anulara. Confunde el dolor de la situación misma con la explicación de la situación. Al ocultar la verdad lo único que logra es perturbar las relaciones del niño con los demás, aumenta su confusión y prolonga el dolor de una permanente frustración. No se da cuenta que el niño, pese a su corta edad, ya es un sujeto con su historia. Por eso es necesario elaborar la situación de pérdida.

Viñeta clínica

La presentación de este caso clínico tiene por objeto ilustrar la actitud de una madre ante el mundo de su niña y las repercusiones emocionales de dicha actitud en la hija. Queda implícito que se está resumiendo solamente el material concerniente a este tema y desde el punto de vista de la experiencia emocional de la joven.



Rocío es la mayor de una familia integrada por cinco hijos. Tiene 15 años, actualmente cursa el primer año de preparatoria. Los padres describen a su hija como una persona responsable, el brazo derecho de la madre. Dicen no conocerla, es reservada. La madre trabaja limpiando casas y oficinas, el padre desempeña diferentes labores. El motivo de consulta es que su hija presenta depresiones y deseos de morir. La escuela la canalizó al psiquiatra, quien le recetó un antidepresivo. Rocío informa que con este medicamento se sentía acelerada, que no era ella, tuvo miedo y decidió suspender el tratamiento. También comenta que al iniciar el año escolar ha tenido temor de no poder con los estudios, le preocupa no saber qué desea estudiar, le angustia mucho el futuro, cree que si muere descansará de estas presiones. Dice: “Siempre he sido una persona triste, aislada, temo relacionarme con los demás. Recuerdo que en el kínder no hablaba ni participaba”.

En el proceso terapéutico surgen asociaciones que corresponden a la edad de cuatro años: “Mamá embarazada de mi tercera hermana, siempre trabajando, llorando, quejándose de que mis juguetes le estorbaban. Mis muñecas eran feas, descuidadas, pero las quería mucho, y mi gato alegre y juguetón. Recuerdo que al mediodía siempre nos dormían. Un día al despertar no estaban mis muñecas ni mi gato. Preguntaba y preguntaba por ellos y ni mi mamá ni mi tía me contestaban. Días después mi tía me con-



fesó que mamá había tirado mis muñecas y regalado mi gato. Lo único que entendí era que le estorbaban y sentí...” (Sus palabras surgen pausadamente, llora en silencio con gran amargura y profundo dolor.) “... sentí que me robaron algo... que me quitaron, parece tonto pero sentí que me quitaron mi niñez: Desde ese día ya no jugué. Recuerdo que mamá me dijo que ya era grande, que tenía que cuidar a mis hermanos. Cuando fui al kínder no jugaba, me recargaba en la pared y permanecía alejada de los niños. Recuerdo que cuando tenía siete años íbamos al parque e intentaba jugar, sentía vergüenza y no jugaba, porque sabía que era grande y no debía hacerlo. Aun ahora no tengo amigos, me resulta difícil confiar en los demás”.

En la labor psicoterapéutica con familias hispanas en Austin, Texas –donde radico–, destaca el hecho de la separación de su lugar de origen y de los suyos. Su vida laboral está sujeta a serias presiones y horarios difíciles, que imposibilitan a ambos padres o a la madre estar al cuidado de sus hijos en forma constante y cercana. Generalmente es el primogénito al que tempranamente se le responsabiliza del cuidado de sus hermanos menores, lo que implica que éste tenga que renunciar a su niñez, obstaculizando así su desarrollo psicosocial.

En el caso de Rocío resulta notable el registro de los hechos y la edad en que acontecen. Durante los tres primeros años de su vida no sucede nada en



Los niños y sus relaciones emocionales con los animales

especial en el transcurso de su desarrollo, no recuerda ningún conflicto interno. Fue hasta los cuatro años cuando la madre drásticamente la separa de sus juguetes y su gato, para imponerle prematuramente responsabilidades de adulto. En esta edad, Rocío entra en conflicto con el mundo externo (la madre) y su propio mundo interno a causa de las demandas del adulto. Al parecer, ese conflicto contribuyó al sólido establecimiento de su *superyó*, que se tradujo en una temprana responsabilidad de hermana mayor convirtiéndola, asimismo, en el brazo derecho de la madre.

En ese momento también se inicia la concientización de que debía renunciar a su niñez, a su mundo dominado por el principio del placer, que implícitamente incluye: el juguete, el cuento, el animal, el fantasear, el jugar.

Esta pérdida de la niñez favorece un proceso patológico de duelo ante la separación de la mascota perpretada por la madre en sustitución de la hija y su infancia. Al estabilizarse el duelo propicia tendencia al aislamiento, reserva extrema y fantasías de muerte.